

24 ENTREVISTA

“El arquitecto no es importante, porque la arquitectura no cambia la sociedad”

Oscar Niemeyer continúa con una frenética actividad creativa a sus 98 años. El arquitecto brasileño, autor de más de quinientas obras construidas en todo el mundo, ultima el proyecto de centro cultural de la Fundación Príncipe de Asturias, que se ubicará en Avilés. Y se mantiene fiel a sus principios: la línea curva y las ideas revolucionarias. Texto de **Bernardo Gutiérrez** Fotos de **João Pina**



ENTREVISTA OSCAR NIEMEYER

a... es de su voz, hay nada. Tan sólo un apartamento blanco, diáfano. Un estudio blanco, bordado de luz. Y un cristal curvo y de fondo una línea (curva) sobrecogedora, perfectísima, que pinta un sensual abrazo de tierra y agua: la playa de Copacabana. Y antes de la voz, casi antes del mundo, otra línea curvísima: el Pão de Açúcar. Antes de las palabras, antes de Oscar Niemeyer, no hay (casi) nada: silencio, una espera espesa, paredes blancas. Y líneas pintadas sobre las paredes, líneas nunca rectas. Que se enredan, que se acarician, que dibujan cosas (flores, personas). Y palabras/frases sobre el blanco y el silencio: "Por un mundo mejor. Tortura nunca más", "Cuando la miseria se multiplica y la esperanza huye del corazón de los hombres, sólo queda la revolución", "Lo más importante no es la arquitectura sino la vida, los amigos y este mundo injusto que tenemos que modificar". Frases que ya son él, que nos anticipan todo: su voz, los párrafos, el blanco, las curvas.

El arquitecto, a escena

Llega: silencioso, erguido, afable. En pie, manotendiente: "Bienvenidos". Oscar Niemeyer: cuerpo diminuto, piel tersamente arrugada, ojos brillantes. Oscar, simplemente Oscar, arquitecto de arquitectos, el genio en su guarida secreta/reservada. El que concede pocas entrevistas. El que abre a pocos el reducto de su inspiración. Y ahora su voz: bronca, grave, cavernosa, inflada de ecos. Sí, la acotación periodística es inevitable: 98 años, más de quinientas obras construidas en 15 países, siete décadas de arquitectura activa. Y como anticipándose a las preguntas, confirmando su Casi Siglo, reafirmando lo imposible (que continúa trabajando con fervor adolescente), Oscar habla del blanco-preentrevista, de su estudio de la avenida Atlántica 3940, en el corazón del barrio de Copacabana.

"Trabajo cada día, desde las nueve a las nueve. Al final del día recibo a los amigos, hablamos del mundo, de la vida, de mujeres. A veces seguimos hasta altas horas de

la noche, bebemos. Porque la vida es mucho más importante que la arquitectura."

Su voz reverbera, flota entre un alud de libros (Alberto Moravia, João Cardoso Pires, Clarice Lispector, Rimbaud...). ¿Es más importante la vida que la arquitectura? ¿Que ser uno de los padres de la ciudad de Brasilia? ¿Que haber construido el mítico Sambódromo? ¿Más que haber colaborado en la construcción de la sede de la ONU?

El periodista insinúa caminos, trampas, recuerdos:

"¿Que qué siento al mirar atrás?", responde con tranquilidad. "Todas las obras son igual de importantes. A mí me gusta el museo que acaban de inaugurar en Brasilia, que constaba en el plano inicial. Y el museo de Niterói." Niemeyer destaca dos de sus obras más recientes. El presente. Apuesta por el ahora. Y sonríe como si sólo existiese el futuro, la esperanza. Oscar Niemeyer, entre silencios espaciosos, construye frases/anhelos, sueños antiguos: "El ser humano, pobrecillo, tiene poca perspectiva en este mundo injusto. Pero basta mirar al mar (ahora observa el mundo-allá-fuera, el mar, el azul) y tener un poco de esperanza para saber que la revolución es inminente".

Posición política

El comunista irredento ha tardado poco en aparecer. Ya está aquí. Oscar, el que diseñó la sede del Partido Comunista Francés en 1967. El que construyó el monumento Tortura Nunca Más, en Río de Janeiro. El que donó al Movimiento de los Sin Tierra (MST) el monumento Eldorado Memoria. El que se desvinculó de la Academia Americana de las Artes y Ciencias como protesta contra la guerra de Vietnam. El que se exilió en Francia tras el golpe militar de 1964. Oscar -con inocencia, con ternura, con convicción- habla sobre comunismo: "Todo el mundo que tenga la revuelta dentro es comunista. Por eso creo que el arquitecto no es importante, porque la arquitectura no cambia la sociedad. El 'Che' Guevara fue importante, como todos

"Lo que me atrae es la curva libre y sensual. La curva que encuentro en las montañas de mi país. En las olas del mar. En el cuerpo de la mujer preferida. De curvas está hecho el universo"

los que lucharon por el progreso, por colocar el conocimiento en el corazón de los hombres. Es más importante hacer manifestaciones en la calle que construir edificios". Habla con entusiasmo adolescente. Sonríe. Calla. Sonríe. Argumenta con seriedad. Sus palabras -seguras, directas- convencerían a cualquiera de que el mar es blanco o negro. O de que el capitalismo es algo del pasado: "El capitalismo está en decadencia. Representa el dinero, el poder, la presión sobre el pueblo. En Latinoamérica los pueblos caminan en otras direcciones, nos hemos dado cuenta del horror que presenta el imperio Bush y su reguero de sangre". Capitalismo. Decadencia. La hora de los pueblos. Esperanzas. Palabras que flotan, renacidas/pronunciadas por unos labios adolescentes o casi centenarios, palabras/ilusiones que sobrevuelan un mar de libros aliados (fotografías sobre Brasil de Pierre Verguer, ensayos políticos de Fidel Castro, textos sobre los Sin Tierra, Neruda...).

Como por inercia, Oscar Niemeyer habla de la importancia de Hugo Chávez, de la fuerza de Cuba, de la alianza de Evo Mo-



El arquitecto, en su estudio de Copacabana, Río de Janeiro

rales con los indígenas. Y de Lula, “un trabajador que mira hacia el pueblo, aunque todos esperábamos un giro mayor hacia la izquierda”. La política está indisolublemente unida a la obra de Niemeyer, a sus respuestas siempre sorprendentes, intuitivas, desconcertantes. De repente, de nuevo, Oscar se entrega –nunca se sabe antes de que empiece a hablar– al pasado o al futuro. Recuerda o sueña: “Cuando llegué a Brasil todavía al final de la dictadura, fui directo a la cárcel. Me tomaron declaración. ‘¿Doctor Niemeyer –me preguntaron–, ustedes los comunistas qué pretenden?’ Yo dije: ‘Cambiar la sociedad’. El tipo que me interrogaba se da la vuelta hacia el escribiente y le dice: ‘Anota eso, cambiar la sociedad’. Luego me mira y me dice: ‘Pues va a estar complicado, ¿no?’”.

Arquitectura

Y después de su voz –ineludiblemente–, la arquitectura. Los espacios, los materiales, las curvas. Nada de hablar de premios. No le interesa. Niemeyer ganó el premio Pritzker (considerado el Nobel de arquitectura) en 1988. El Príncipe de As-

turias en 1989. Y su figura, su obra, protagonizan centenares de libros. “Ni me molesto en leerlos. No me interesan las críticas. El arquitecto tiene que hacer lo que siente, sin depender de lo que piensen los otros. Tiene que trabajar con convicción e imponer su criterio”, afirma con su voz soñolienta. Oscar recuerda cuando le dijo al alcalde de la ciudad francesa de Le Havre que necesitaba que la plaza central de la localidad estuviese cuatro metros más abajo. “Me miró espantado. Pero lo hizo. Yo quería proteger a la población del viento, del frío. Luego, un crítico italiano reconoció que era uno de las diez mejores obras arquitectónicas del mundo. Lo dijo porque era diferente. Lo importante en la arquitectura es que despierte. La sorpresa. Buscar formas diferentes”, asegura con voz divertidamente orgullosa. Y de nuevo, con la inercia de la memoria o de la intuición, Niemeyer rememora una de sus primeras experiencias arquitectónicas, su colaboración con Le Corbusier, con quien trabajó en la construcción del Ministerio de Educación y Salud en Río de Janeiro en 1936. “Aprendí mucho con él, aunque mi

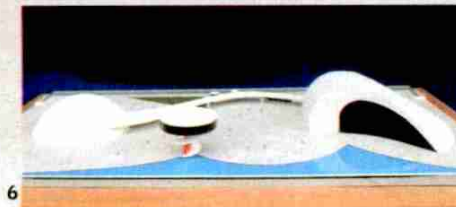
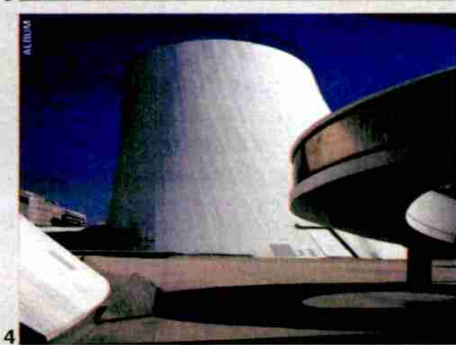
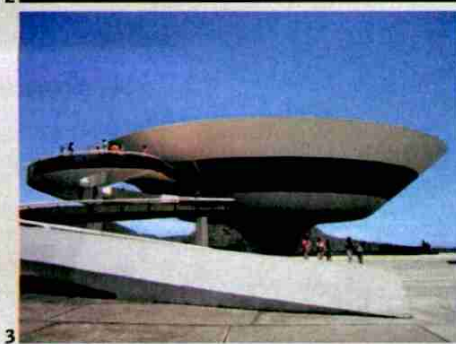
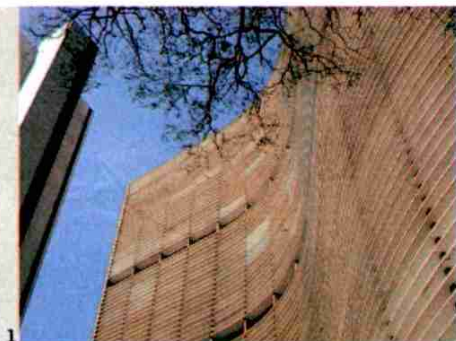
arquitectura es antagónica. Un día me dijo: ‘La arquitectura es invención.’”

Paradójicamente, Niemeyer acabó abrazando con pasión la curva, al contrario de la escuela de Le Corbusier, que basaba sus construcciones en líneas rectas, en ángulos rectos. Con tranquilidad, con orgullo, Niemeyer repite, palabra más palabra menos, una de sus frases más famosas, la que abre el “site” de su fundación: “Lo que me atrae es la curva libre y sensual. La curva que encuentro en las montañas de mi país. En el curso sinuoso de los ríos. En las olas del mar. En el cuerpo de la mujer preferida. De curvas está hecho el universo. El universo curvo de Einstein”.

–La mujer, Oscar, la mujer –insinúa estudiadamente el periodista.

–Sí, yo siempre lo digo. La vida es una mujer a nuestro lado. Una mujer, y que sea lo que Dios quiera.

La mujer, la curva, la línea femenina de la bahía de Guanabara, la curva/mujer de la playa de Copacabana, abrazo insinuante de caderas o de pechos. La mujer. La curva que –ahora repara el periodista– sostiene su conversación: respuestas que se mue- →



La arquitectura de una vida

Oscar Niemeyer (Río de Janeiro, 1907) estudió Bellas Artes antes de convertirse en arquitecto en 1934. Desde sus inicios profesionales rechazó la arquitectura comercial y trabajó gratis en el vanguardista estudio de Lúcio Costa y Carlos Leão, donde, entre otras cosas, colaboró en el diseño del Ministerio de Educación y Salud. Gracias a ello conoció a Le Corbusier y viajó a Estados Unidos para participar en la construcción del pabellón de Brasil en la Feria Mundial de Nueva York. En esta época (final de los años treinta), Niemeyer conoció a una persona que cambiaría su vida: Juscelino Kubitschek, entonces alcalde de Belo Horizonte, capital del estado brasileño de Minas Gerais, futuro presidente de Brasil e ideólogo de la ciudad de Brasilia. Juscelino le encargó la construcción del futurista distrito de Pampulha, en Belo Horizonte. Después, participó en el proyecto arquitectónico de la sede de la ONU de Nueva York. Tras proyectar el legendario edificio Copan (1) en 1951, en São Paulo, Niemeyer se consolidó como una personalidad única en la arquitectura mundial. Y en pleno auge de su prestigio, Juscelino puso en sus manos los edificios principales de Brasilia (2), la nueva capital de la República. Dentro de Brasil desarrolló proyectos tan emblemáticos como el Sambódromo de Río de Janeiro (1983), el Memorial de América Latina de São Paulo (1987) o el Museo de Arte Contemporáneo de Niterói (3) (1991). Fuera de Brasil, durante un exilio político que duró décadas, llevó a cabo obras como el Museo de Arte Moderno de Caracas (1954), la sede del Partido Comunista Francés (1967), la sede de la Editorial Mondadori (1968), la mezquita de Argel (1968) o el Centro Cultural de Le Havre (4) (1972). En la actualidad, Niemeyer desarrolla el proyecto del Centro Cultural Internacional Oscar Niemeyer, que donó a la Fundación Príncipe de Asturias y que revitalizará la ría de Avilés (5 y 6).

→ ven en círculo, que saltan hacia otros temas inesperadamente, que vuelven.

“La curva es siempre diferente, propicia la imaginación, adapta la construcción al entorno, a la naturaleza”, afirma Oscar, cayendo de lleno en otro de los ejes de su filosofía/arquitectura: la integración de la obra en el entorno. Habla del Museo de Arte Contemporáneo construido en Niterói, enfrente de Río de Janeiro. Un museo aclamado como una de sus mejores obras. “Llegué a aquel lugar. Vi las montañas de Río, el mar, las curvas. Y pensé: ‘Tengo que preservar esto’”, asegura Niemeyer.

Un ateo que construye iglesias

Oscar saca un paquete de puros de su bolsillo. Ofrece. Pide que le enciendan uno. Y con bocanadas precisas va fabricando nubes sobre sus silencios.

–Usted no cree en Dios. Sin embargo, ha construido varias catedrales, iglesias y hasta mezquitas. ¿Cómo lo consigue?

Oscar calla. Fuma. Habla. Piensa –tal vez– en sus obras religiosas, en la mezquita de Argel. En la catedral de Brasilia. En la catedral católica y la iglesia bautista que diseñó para la ciudad de Niterói.

–Lo que hago es ponerme en la piel del creyente. Pensar en los que allí se recogerán con su esperanza, en los que van a rezar. A mi también me gustaría creer en una fuerza superior que rige los destinos del ser humano, ese ser humano que nace en una especie de lotería perversa en busca de respuestas. Pero yo soy pesimista, como Schopenhauer. Lo que no quiero es un mundo nihilista, sin sueños.

Y de nuevo la curva-conversación, Niemeyer volviendo a algún lugar, siguiendo el hilo convexo de la nostalgia, habla de su infancia. De la importancia del mar en su vida (“iba cada amanecer a la playa, para ver cómo descargaban los pescadores), de su pasión por dibujar (“de niño pintaba muy bien, mi madre guardaba mis dibujos. El dibujo me llevó a la arquitectura”), de fútbol (“llegué a pensar en ser jugador de fútbol, hasta jugué en el Fluminense”). Y con espontaneidad, deja que sus palabras floten con improvisadas elipsis temporales. Reflexiona sobre el mestizaje (“lo bueno de Brasil es la mezcla, yo tengo en mis apellidos ascendencia alemana, por-

“España es el único país europeo que no conozco bien. Por eso me enorgullece que mi mayor proyecto en Europa vaya a estar en Avilés”

tuguesa y árabe”), sobre creación arquitectónica (“para crear hay que imaginar, la arquitectura está en la cabeza y no en el papel”), sobre la relación entre las artes (“yo no leo arquitectura, a mí me influenciaron más la literatura, el teatro, el cine, la filosofía”). Y de repente, detiene el devaneo/torbellino de su voz.

—No me gustan los especialistas, ¿sabe?, esta sociedad que crea médicos que sólo saben de medicina, arquitectos que sólo saben de arquitectura. Hay arquitectos que salen de la universidad sin haber leído una novela. Por eso diseñé la Universidad de Constantine, en Argelia, de manera que todas las facultades, las diferentes disciplinas, se encontrasen —afirma un Oscar soñador, lúcido, tranquilo.

El encuentro. Otra palabra clave en la obra de Niemeyer. La arquitectura como lugar de interacción social, como elemento socializante. Ahora, una pregunta previsible/esperada.

—¿Por qué donó el proyecto de Centro Cultural Internacional Oscar Niemeyer a la fundación Príncipe de Asturias, el proyecto que transformará la ría de Avilés?

Antes de la respuesta, el tiempo/curva. Niemeyer entregado a la neblina del recuerdo.

—Cuando era joven iba a Europa en barco y paraba en Barcelona. Aprovechaba para conocer la ciudad. España siempre fue un país por el que sentí gran admiración. Paradójicamente, es el único de Europa que no conozco bien. Por eso me enorgullece que mi mayor proyecto en Europa vaya a estar en España. Espero

que el proyecto de Avilés sea como lo soñé, una gran plaza abierta a todos los hombres y las mujeres del mundo —afirma Niemeyer.

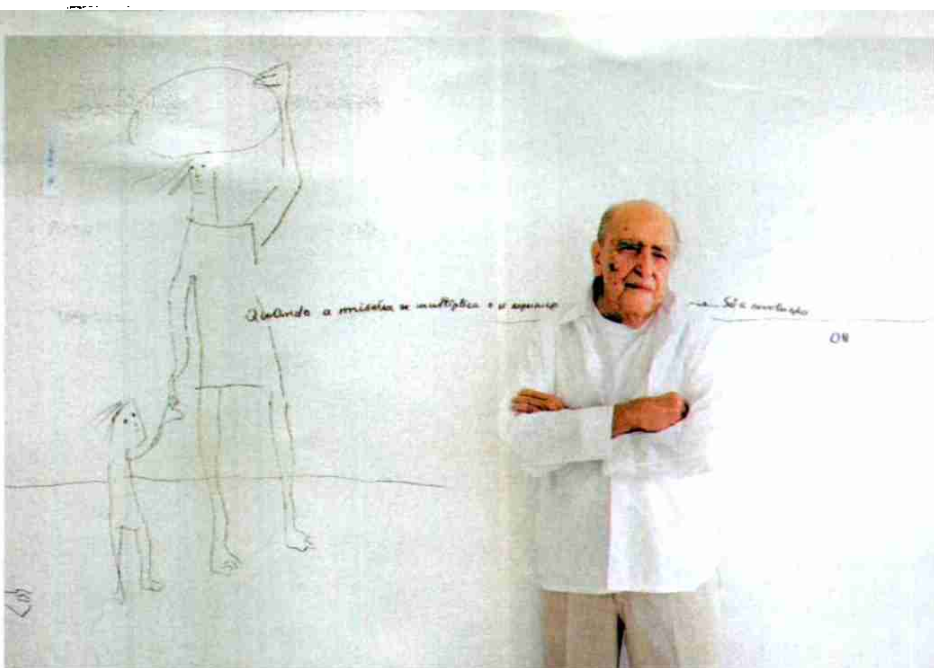
Un auditorio. Un centro de congresos. Un museo. Una ría destruida por la era postindustrial, reconvertida en un espacio para el pueblo. Aquí, Niemeyer reflexiona sobre una paradoja de la arquitectura:

—Podríamos ser más simples, estar más cerca del pueblo. Nosotros a fin de cuentas trabajamos para los gobiernos, no para el pueblo, para las clases dominantes. El día en el que la arquitectura esté más ligada al pueblo, el mundo será más justo. Construir de una manera que todo el mundo pueda interrelacionarse, frecuentar el cine, el teatro, conciertos de música.

Mundo difícil

“Pero el mundo es difícil —reflexiona Oscar—. Y la violencia, los asesinatos, qué horrible. Pero lo peor es esa clase media que mira a los niños negros que caminan en la playa como si fuesen futuros enemigos. Lo peor es que al final son sus enemigos. Porque en las favelas no hay nada, ni hospitales ni escuelas, nada. Ellos reaccionan con violencia contra la sociedad, luchando. Pero detrás de todo está la miseria. Nadie está luchando porque le guste. La miseria, la miseria...”

La miseria. La desigualdad. La injusticia. Los temas-boomerang que continúan indignando a Oscar Niemeyer. Quizá por eso, sigue con su empeño de mezclar la vida con la arquitectura, la literatura con la vida. De mezclar todo para ver si cambia



“Cuando la miseria se multiplica y la esperanza huye del corazón de los hombres, sólo queda la revolución”, se lee en una de las inscripciones en la pared que tiene en su estudio

algo. Los martes, en su estudio, organiza encuentros literarios para jóvenes. “También hablamos del cosmos, del espacio. Y pensamos en el hombre, cómo es que apareció en el mundo. Y, claro, llegamos a la conclusión de que todo nace y desaparece. Por eso lo importante es ser humilde, generoso, solidario, construir un mundo donde no haya ni pobres ni ricos.”

Y en eso, Niemeyer habla con sus actos. Oscar divide su “salario Pritzker” con los arquitectos que le ayudan. Financia los estudios de arquitectura de varios jóvenes sin recursos. Si alguien le pide dinero en la calle, le da. Incluso le invita a comer.

—Un día, el escritor André Malraux me dijo que cada persona tiene dentro de sí un museo particular donde guarda todo lo que vivió y amó. Cada uno de nosotros somos un museo particular.

Y después de la voz, sólo él. “Nosotros no comandamos la vida. Ella nos lleva por donde quiere”, sentencia. Niemeyer, el hombre/museo, el hombre encorvado que se levanta, que se acerca a los ventanales, que se asoma al mar, al azul, a la sensual No Recta de la playa de Copacabana. Niemeyer callado, meditativo. Oyendo en su interior —tal vez— lo que un día le dijo Le Corbusier: “Tienes en la retina de tus ojos impregnada la figura de las montañas de Río”. La curva, el mundo, el mar, el mar. El mar y la esperanza. Y por eso ahora callamos, contemplando las líneas, los colores de la naturaleza, el mar, el todo, mientras la vida nos lleva, mientras el tiempo/entrevista se desmenuza en el humo dulce de un cigarro.